

# GANADORAS

DEL

3<sup>er</sup> CONCURSO ARTÍSTICO

“LA MUJER  
QUE VES  
AQUÍ”

de Cuentos  
cortos



GOBIERNO DEL ESTADO  
GUERRERO  
2021-2027



SECRETARÍA GENERAL DE  
GOBIERNO  
DEL ESTADO DE GUERRERO

UNIDAD DE  
GÉNERO

EDUCAL



Título



## “Ir a Playa Azul”

Gabriela Zyanga Salgado Nuñez

Abro los ojos porque no podía respirar, sentía una opresión en el pecho. El transmisor sigue encendido y sintoniza la estación de Radio Gallito; pese a estar viciada por la interferencia, se alcanza a escuchar “Amar y vivir”, de Julio Jaramillo. El volumen de la canción baja, mientras la voz grabada del locutor dice, aquí suenan las canciones viejitas, pero bonitas; los éxitos de ayer y hoy. Miro el reloj y me percató de que apenas son las tres de la madrugada. La humedad del cuarto me cala hasta los huesos, sobre todo, en las piernas: el adobe de las paredes almacena el frío, incluso en verano. Los resortes del colchón lastiman mi espalda y las sábanas se sienten mojadas, ¿será que no alcancé a despertarme a tiempo para ir al baño?



Escucho que suena el celular, por supuesto, me intriga saber quién puede ser a esta hora. No alcanzo a responder. La verdad no sé manejar el teléfono que me regaló mi hija, Gaby; me da pena con ella, porque cuando viene a visitarme le pido que me lea los mensajes que me envían: ella es mis ojos. Prendo las luces y me doy cuenta de que estoy sola en la recámara: Rigoberto se fue a Chilpancingo y ni me avisó, ya no me dice nada. La semana pasada me contaron que lo vieron borracho de mezcal en casa de mi hermana la más chica, Guadalupe; y no es que no me importe, pero llega una edad en la que una prefiere ahorrarse discusiones; tengo poca energía, apenas la suficiente para sobrellevar las enfermedades que me aquejan. Como decía mi madre: «a estas alturas ya no pienso sudar calenturas ajenas». Escucho que suena de nuevo el teléfono.



—Mamá, ¿cómo estás...? ¿Todo bien?, ¿te desperté?



—Hola, hija; no te preocupes, sí estoy bien. ¿Qué pasó, por qué me llamas a esta hora?

—Ay, mamá... me da mucha pena tener que decirte esto, pero no quería que te enteraras por otra persona... murió mi tía Carmela.

A mi hija le acongoja darme esta noticia, porque sabe que mi hermana, Carmela, era además mi mejor amiga y confidente; me aflige mucho. Apenas la semana pasada habíamos platicado sobre ir a Playa Azul para celebrar su cumpleaños. Me quedo callada.

—Mamá, lo siento mucho... Estás sola, ¿verdad? —Se oye interferencia, peor que en la radio—. En cuanto amanezca, voy para allá. Espero que hoy las combis sí estén pasando...

—¿Dónde la van a velar? —consigo preguntarle en un hilo de voz al cabo de lo que me pareció un siglo en silencio.

—En casa de doña Jacinta —responde también con la voz quebrada—; mandaron llamar a la señora de los rezos, va a venir desde Tixtla.



En ese momento, no quise preguntar el motivo de la muerte de mi hermana. Creo que al final, es lo de menos: con saber que murió es suficiente; porque pienso que conocer la razón no haría que ella regresara a la vida. Todo pasa como a cámara lenta y, a la vez, muy aceleradamente; me siento aturdida: nadie te prepara para una pérdida así. El mundo transcurre con indiferencia, sigue girando, nada se detiene. Mi hija y yo regresamos del entierro. Me recuesto en mi cama siempre húmeda, y siento urgencia por ir a Playa Azul; deseo honrar la memoria de Carmelita, sintiendo la arena bajo mis pies y el sol en mi rostro: amando mi propia vida, pues. Quiero vivir. A pesar de ser vieja, me sigue dando miedo la muerte, y también, la soledad.

—Hija —le digo de repente, como sin venir a cuento—, quiero ir a Playa Azul. Pero me gustaría que sólo fuéramos tú y yo. No quiero que Rigoberto nos acompañe —dudo un segundo antes de contarle, como para justificar mi decisión—: el otro día le pedí ayuda para ir al baño y se hizo como que la virgen le hablaba... me ganaron las ganas de orinar estando en el colchón y luego ahí me tienes lavándolo, pero nunca se acaba de secar.





—¡No puede ser, de verdad que no lo puedo entender; si a ese hombre tú lo mantienes, mamá! —exclama indignada; luego repone, conciliadora— Mínimo debería dignarse a prestarte atención, por humanidad. Ni siquiera fue al funeral de mi tía —enfatisa—. Mira, en cuanto tenga la posibilidad te voy a contratar a una enfermera que se quede cuando él no esté.

Y de lo otro, dame un mes para arreglar todo, pedir permiso en mi trabajo y así poder irnos a la playa tú y yo solas.

Me he concentrado en buscar mi traje de baño de una pieza. Tengo años que no acomodo mi closet, siempre me ando poniendo los mismos tres trapos. Le subo a la radio porque suena “Mar y cielo”, de Los Panchos. Encuentro, entre muchas cosas, una lencería de encaje que fuera blanco, aunque ahora luce amarillo; recuerdo que hace como treinta años la compré, cuando comenzaba a salir con mi actual marido. En ese entonces, yo tenía cuarenta y cinco años, y él treinta; la diferencia de edad se hace cada vez más evidente. Carmela, mi hermana, ya me lo había advertido; decía: «quien duerme con niños, amanece miado.»



Sigo mirando el conjunto; ahora me da vergüenza ponérmelo, pero tengo curiosidad. Para mi sorpresa, aún me queda; con todo y los pellejos colgando me queda bien: me gusto. Empiezo a imaginar que a la recámara entra don Víctor, el señor de Axaxacualco que le vende mezcal a Rigoberto; fantaseo que me ve y que también le gusto. Siento bonito imaginando cómo me pide que lo acompañe a la cocina, junto al fogón; para después desabrocharme el vestido y encontrarse con ese encaje bordado a mano. Sólo pensando en él, alcanzo el clímax del placer que me invade y que tenía tanto tiempo sin sentir: Rigoberto ya no me ve, ni me toca. Paulatinamente la piel deja de erizarse.



Al cabo de unas horas, saco toda mi ropa y la de él, la pongo sobre la cama; poco a poco, empiezo a separar lo que me parece que todavía nos servirá a ambos, decidida a tirar lo que ya no. Honestamente, me gustaría solo deshacerme de lo que le pertenece a él; sin importar si está o no en buen estado. Sigo hurgando, ahora en los cajones: perfumes, cremas, desodorantes, medicamentos; todos llenos de polvo, pasados, echados a perder. Me deshago



de dos pantalones y tres camisas suyas; todas roídas por las ratas del monte. Al fondo del último cajón, encuentro una cajita de Olinalá; dentro de ésta, hay una fotografía que nos tomó a Carmelita y a mí, Alfonso, el papá de mi hija. Es de cuando él podía venir de Estados Unidos: se fue de mojado, y si bien nos iba, una vez al año veía la forma de volver al pueblo. Hasta que un día me lo mataron en el desierto de Arizona; según me contaron, recién acababa de cruzar la línea. Recuerdo cómo le gustaba retratarnos; traía su cámara gringa, que para nosotras era como un invento extraterrestre. Tomo la foto en mis manos –¡Hijole!, nos vemos muy chamacas; yo estaba recién parida –comento en voz alta, como si alguien me escuchara–. Lupita también sale, parece mi hija. Siento que de mis ojos brota agua salada; se forman ríos que bajan por mis cachetes y se van deteniendo en mis arrugas.

Por la noche, cuando llega Rigoberto, está más alegre (o borracho) que otros días; incluso lo escucho silbar una de las canciones que seguido transmiten por Radio Gallito. Se abre paso, presuntuoso.



–Ni te emociones, nomás vengo de entrada por salida; a bañarme y a ponerme perfume, porque voy a salir fuera.

Pelo los ojos, porque nunca se pone perfume.

–¡No puede ser posible: tú y tu hija siempre están moviendo las cosas de lugar!

Me recrimina al no encontrar su loción; pone patas arriba lo que me pasé todo el día arreglando.

–¡Ya no aguanto estar así! ¡Y date de santos que hoy no te meto un putazo, nomás porque traigo prisa!

–Sabes qué, Rigoberto –empiezo, apocada, con más susurro que voz, como cuando la noticia de Carmela; luego, miro el desastre que hizo y de golpe cobro valor–, ya lo estuve pensando... y creo que deberíamos separarnos –me viene a la mente aquella frase que me decía mi hermana: «más vale sola que mal acompañada». Aunque en este momento siento mi corazón romperse, y el miedo a la soledad me vigila; decido mantenerme firme.

–¡No digas pendejadas, María Elena! –Sale carcajeándose; con un azotón de puerta.





Luego de mucha incertidumbre por no saber de él, le pido de favor a una vecina de confianza que marque de mi celular, al número de Lupita; para saber si se encuentra con ella.

–Lo siento, María Elenita –dice afligida–, me mandó a buzón.

Más tarde, Lupita me regresó la llamada. Me comentó que no sabía de qué le estaba hablando, y que así son los hombres a veces, que ya debería de estar acostumbrada.

–Por cierto, aprovechando que me llamaste –pregunta endulzando la voz–, ¿no tendrás algo de dinero que me prestes?

–Híjole, hermana, qué pena me da, pero ahorita me agarras en curva... aunque déjame ver si el próximo mes...

–Ay, chula, me andas quedando mal, pero pues ni modo... estamos en contacto, y yo te aviso si veo a tu marido –colgó, sin poder ocultar su disgusto.

A pesar de lo ocurrido, me pone contenta que cada vez falta menos para estar frente al mar. Me siento tan animada por eso, que hasta hice una olla de carne de cuche a la mexicana, con mucho chile verde, como le gustaba a Carmela. También, amacé unas tortillas, y mientras me tomo un café, miro inflarse el maíz al calor del comal... de repente, los perros de la cuadra comienzan a ladrar.

–Nomás vengo por mis cosas –espeta por saludo el holgazán de Rigoberto.

–¿No quieres comer? –Le ofrezco de buena gana, en son de paz–, hice cuche a la mexicana.

–Ya te dije que nomás vengo por mis cosas –repite seco, corajudo–; no me voy a alcanzar a llevar todo ahorita, en la semana vengo por lo demás.

–No voy a estar, porque me voy a ir a Playa Azul –le explico con suficiencia; el temple de la vez pasada regresa.

–Ah, chinga... ¿y cómo?, si se puede saber: ¿no que no tenías con qué?; además, ¿no que estás de luto? –Inquierte socarrón.

Por un momento logra hacerme sentir culpable, pero ya no deseo reparar en darle explicaciones: yo elijo cómo vivo la tristeza que embarga mi alma, a raíz de mi pérdida.

–¿Y tú cómo sabes que no tengo dinero? –le respondo, mientras se le borra la sonrisilla y me rehúye la mirada, hasta hace un segundo, retadora–. Me voy a ir con mi hija a la playa y no le quiero cargar la mano con los gastos



—le digo como disculpándome; sin embargo, me arrepiento al instante.

—Ay, Mary, yo te había dicho que tú y yo nos fuéramos a Acapulco— replica rastrero, casi bonachón; acto seguido, se vuelve a la maleta que está llenando con prisa y retoma su frialdad—; pero mira, ultimadamente, tenías razón con eso de que mejor hasta aquí la dejáramos, la neta ya me vale madres —enfatisa como para auto convencerse—. No me estorbes, en la semana vengo por lo que hace falta.

—Si de veras te vas a ir, déjame la llave —le exijo lo más firme que soy capaz—. Se la voy a dar a Gaby, para que no tenga que tocar cuando venga —lo digo con miedo; no había tenido el valor de sostenerle la mirada cuando está enojado, apenas hoy.

—Con una chingada, ahí está —la avienta y sale hecho una furia.

Estos días sin Rigoberto han sido los más felices y, a la vez, los más tristes en treinta años: ¿Cómo se puede acostumbrar alguien a la falta de querer de una persona? Gaby está contenta por la decisión que tomé: decirle adiós a ese hombre. Me percibo segura y confiada.

Recuesto mi cuerpo y cierro los ojos; me veo llegando a Playa Azul: sentada frente al mar; platicando con mi hija, recordando a mi difunta hermana; mientras me tomo un mezcalito y me como unos camarones “a la diabla”: bien picosos, bien buenos. Suspiro. Sólo faltan un par de días para irnos. De pronto, dejo de sentir la humedad del cuarto calándome los huesos de mis piernas; al contrario, siento gotas de sudor recorriendo mi frente y cómo todo se mueve a mi alrededor. Pienso que está temblando; luego, me doy cuenta de que probablemente se me bajó el azúcar. Intento llamar a Gaby, según las instrucciones que me dio. —Buzón de voz, la llamada se cobrará al terminar el tono siguiente...Cuelgo y no insisto más. Cierro los ojos, tratando de soportar un intenso dolor que llega de botepronto; primero lo siento en mi mandíbula, y después, invade mi pecho y mis brazos; me cuesta respirar. Abruptamente me tranquilizo: el sueño me va venciendo. Alcanzo a distinguir que en Radio Gallito suena “Nuestro juramento”, de Julio Jaramillo. Pasados unos minutos, escucho que tocan a la puerta; pienso que podría ser mi hija, que al percatarse de mi llamada, se preocupó y pasó a verme; o quizá sea Rigoberto, que viene por las cosas que le faltó llevarse. Me levanto y, como puedo, abro la puerta: es Carmelita quien está aquí. — ¡Vámonos, Nenita!





¡Vámonos al mar! –La miro sonriente, como en la fotografía que me encontré dentro de mi cajita de Olinalá. Nos abrazamos fuerte. Vino por mí; supongo que, al final, sí iremos juntas a Playa Azul.





2

Título

"17 Años"

Azahalia Rodríguez Peratta

Pensé que ese día sería igual que todos, levantarme, un poco de estiramientos, una ducha, tomar el desayuno y comenzar mi trabajo. ¡Uuuupppsss! la cotidianidad a veces es tan cómoda, el horario y las actividades tan planeadas, todo resulta fácil así. Además la soledad es una aliada para hacer las cosas que te gustan, nadie llega a "enchinchar", ni mucho menos te sacan los centavos, tienes todo el tiempo para organizarte, descansar, salir. Mira que la vida tiene sorpresas, no la vi venir, estaba tan a gusto, ya había olvidado lo que es enamorarse y estar en pareja, no pensaba enredarme con ninguna otra, según yo estaba curada de esos "espantos", ¡Naaaaaaaa, que tonta! Volví a caer, y cómo no si es tan linda.

La vida tiene sus maneras de confabular a nuestro favor, claro, si estamos atentas, a veces te agarra en la "bobera" y ni modo caes como plomo. No suelo ser distraída ni desconfiada, quizá por ello su mensaje no me pareció inusual, todo indicaba que lo único que quería era ser asesora para su tesis, y yo mega contenta porque me significaba trabajo. Así que el quedar con ella para comentar sus avances era genial. Me gustaba poder incidir positivamente, sobre todo en la juventud y ahí estaba 100% dispuesta.

Su juventud me suscitaba cierta ternura, a pesar de su corta estatura, lucía muy guapa y formal, no pude evitar preguntar su edad, 27 años, iguauuuu!, parecía de menos, quizá por sus frenillos, me dijo que era abogada, su actitud era un tanto extraña, como si quisiera impresionarme o hacerme avances y no



alcanzaba a darme cuenta del por qué o quizá no quería verlo pues pensaba que era sólo una chica, yo acostumbraba a salir con mujeres mayores, verla tan joven no entraba en mis parámetros, pero ella era sagaz y sus atrevidos comentarios los tomaba a bromas, ni siquiera me incomodaban. Su invitación al face, la consideré como una manera de conocernos e intentar una amistad. Poco a poco fue tendiendo su red, jajaja, le daba "me gusta" a algunas de mis publicaciones y me iban apareciendo las de ellas, ahí fue donde me enteré que tocaba la guitarra y que le gustaba mucho hacer ejercicio, esa era la razón de tan lindo cuerpo, y justo por eso comencé a mirarle de una manera distinta, me di cuenta de lo torneado de sus caderas y de la firmeza de sus piernas, su pechos aun pequeños eran precisos para su forma, alguna vez publicó la foto de un apetitoso frappe y me atreví a comentarle: "¿No me invitas licenciada?", ni tarda ni perezosa me respondió: "cuando guste maestra vamos a donde usted diga, si quiere ir a comer o por un café o ir a dar una vuelta", me pareció simpática, dije: "¡a que chiquilla tan atrevida!". Algunas veces me escribía para saludarme y otras para conversar brevemente, en alguna ocasión me invito a comer y ante tanta insistencia poco resistencia, la verdad es que "difícil" no es la palabra que me define jejejeje, y al salir la vi ahí montada en su motoneta roja, me sorprendió ver tanto valor en un cuerpo tan pequeño, y bueno le dije que no me subiría, que esos "caballos de hierro" me daban mucho miedo, ella sonrió pero acepto que nos fuéramos caminando. Comimos rico, al sitio llegó un joven que a cambio de unas monedas tocaba y cantaba algunas canciones y bueno cantamos un rato también, pasamos una tarde amena, después de la comida la invite a mi casa a tomar café, me contó un poco de su vida, me di cuenta que como yo, estaba sola y acababa de salir de una relación, eso creó un poco más de empatía. Sentía que me coqueteaba un poco, pero mi cabeza insistía en decirme: "No, no, noooooo, tiene 27 años", así que trate de poner un poco de distancia, pienso que ella lo notó porque hizo lo mismo.



Las amigas son ángeles y demonios, y un poco cómplices, se me ocurrió decirle a tres de ellas y todas coincidían que "¿Por qué no?, finalmente no era mucha la diferencia de edad, que además era abogada, joven, linda, soltera, en resumen un "pedazo de cielo", me decían: "¿qué puede pasar? sino resulta al menos habrás tenido una linda experiencia, la felicidad es de momentos y hay

que vivirlos, la vida es sólo una y no retoña amiga, y en ella acontecen cosas como estas, la edad es algo que se equilibra... Según ellas sería emocionante intentar algo. Yo no estaba tan segura, pero ahí va una.



Esa noche antes de recostarme la imagine conmigo, comencé a recrear imágenes de la cotidianidad, ir al súper juntas, disfrutar una buena peli en casa, preparar la comida, ir de paseo, leernos mutuamente, si ella tocaba la guitarra podríamos hacer un dueto... y bueno me parecía que podría ser una relación interesante, su jovialidad y mi madurez podrían fusionarse, aprender y desaprender juntas, acompañarnos, compartirnos... Cuando una se empieza a enamorar se “viaja lejos”, recuerdo que soñé la boda jajajaja todavía no era ni mi novia y yo ya me había casado con ella, loca, loca la vieja.

Así que al levantarme hacia las mismas cosas, pero esta vez me acompañaba la letra de una canción: “Me gustas, me gustas, tú tienes algo que me gustas...”, Sanz me encanta, muchas de sus canciones me acompañaron en mis amoríos, oh sí. Los años y las cicatrices en el motorcito la dejan a una como en un estado precavido, queriendo ir despacio, como mirando donde pone una las patas para no caer en trampas, ya no dan ganas de repetir errores o permitir abusos, parece que hay claridad de saber que se quiere y que no. Quizá por ello en un principio evadía un poco la posibilidad de la relación, pues esta vez sería yo la de mayor edad, y cuando eso pasa existe la posibilidad del control y justamente eso quería evitar, me daba miedo colocarme en ese papel, no iba a ser nada grato (quizá en algún momento me sentiría como su madre) y no es que de hecho fuera a darse, pero eso a veces es inconsciente, so pretexto de querer el bien, de enseñar, de saber más por la experiencia, patrañas, al final es control, lo tenía claro pues mucho de eso fue una realidad de mi pasado.



No, no sería fácil, me decía a mí misma: “seguramente ella tiene que aprender muchas cosas”, ¿Ah sí?, y tú, ¿Tú que tienes que aprender o desaprender? ¿O es que ya estás hecha?, ¿Quieres las cosas a tu modo? ¿En qué vas a ceder?, al final seríamos dos mujeres compartiendo el tiempo, el espacio, la vida. Calma, calma, ni siquiera te has atrevido a pedirle que sea tu novia. Bueno pero tampoco puedes ir como desbocada, se supone que lo vivido te debe dejar





alguna enseñanza, por se vale pensar en las posibilidades. Hey espera, ¿qué hay de los acuerdos?, la última vez pensante en eso, te prometiste que si tenías otra relación lo primero que harías serían acuerdos, ya sabes que algunas cosas son negociables, que algunas se pueden pasar y otras jamás. Eso, eso era, ahí está la clave. Por fin sentía que pisaba en firme.



Bueno, ahora manos a la obra, esa tarde la llame y le pedí ayuda en algunas manualidades que tenía pendientes, estaba segura que me diría que sí, es más le dije que pediría la comida para comer en mi estudio, no me equivoque, me dijo que si iría, noté un tono de celebración en su respuesta. No tenía idea de que le iba a decir, pero el hecho de vernos por otro motivo distinto a su tesis y que aceptará, significaba que iba dando pasitos. Conversamos de la vida, de su familia, de sus planes de vida aproveche para preguntarle que si tenía novio o novia, ¿cómo se veía en unos años? O si había alguien que le gustara, se puso muy nerviosa como si se sintiera descubierta, me dijo que quería una familia y que si había alguien que le gustaba, le dije que suponía ya le había dicho, me dijo que no, yo medio intrigosa le dije que debía hacerlo porque le podían comer el mandado, muy lista, me preguntó que si yo tenía pareja, le dije que no, pero que si había alguien que estaba llamando mi atención, me sentí como una chiquilla jugando al gato y al ratón jajajaja, entonces me dijo que ella no le había dicho nada a su prospecto porque tenía miedo de ser rechazada, así que como toda una casanova le dije: “no, no, nada de miedos, cuando le decimos a alguien que nos gusta y que deseamos algo con esa persona, nos puede decir que adelante o gracias no gracias”, pero que finalmente lo intentamos, que era todo un riesgo, pero que si nos decían que si pues que genialoso. Sin embargo, yo misma no me atrevía a soltárselo, jajajajaja, cobarde que era, jajaajaja. En eso entro una llamada, y yo ¿Qué diablos!?, ¿A quién se le ocurre llamar en este momento?, en fin tomé la llamada porque era mi hermana, y trate de cortarla lo más pronto, le dije que estaba ocupada y que la llamaría más tarde si no urgía, me dijo que si, que más tarde entonces. Apenas corte, me dijo, con mucho ímpetu, nerviosismo, pena, como de prisa, entorpeciendo un poco las palabras: “usted, usted me gusta maestra”, yo me quede completamente sorprendida, admire su atrevimiento y valentía, y no deje pasar más tiempo, quise corresponder a su sinceridad y le pregunté que si le gustaría que estuviéramos juntas, su carita



era de incredulidad, y me dijo que si de verdad se lo preguntaba, que si no me estaba burlando de ella, y le dije que no, que de ninguna manera que justamente antes de la llamada estaba tratando de articular mi propuesta pero que se me había adelantado, entonces me dio su "sí". La tomé de la cintura y besé sus labios suavemente, ahí entendí el significado de estar en "los cuernos de la luna".



Nunca imagine que una jovencita pudiera llegar a mi vida y que me diera esa oportunidad, los 17 años de distancia entre ella y yo en principio me pesaban, me preguntaba: ¿Qué le gusta de mí?, ¿Qué busca?, ¿Por qué una mujer mayor? ¡Guauuu!, yo conocía las respuestas, que se resumían en una sola: amor, sí, yo misma fue esa joven en busca de mujeres mayores y lo que esperaba de ellas era justo un amor maduro, buscaba compromiso, formalidad, quería al final de todo eso que aprendí de la vida "obras son amores y no buenas razones"... Poco a poco me lo fue diciendo y fuimos germinando. Ese día comenzó nuestro paso del "yo al nosotros" sabíamos que en toda relación hay momentos menos fáciles, la propuesta fue que dialogáramos y acordáramos. El poder decirnos lo que nos parece y lo que no, compartir gastos, según nuestras posibilidades, no cargarle las responsabilidades de casa a una o a la otra. Eso a veces ha sido real y otras no, eso significa volver al dialogo, a los acuerdos y ahora a momentos de revisión o evaluación, que nos permite darnos cuenta cómo vamos, la vida nos deja ver que se cuelean cosas, que nada es perfecto pero nuestro deseo de estar juntas nos lleva a donarnos en tiempo y acciones, en silencios y distancias eventuales, que nos permiten reflexionar y volver a la carga. Nada está escrito, han pasado unos años de esta linda travesía amorosa, no sabemos hasta cuándo pero pinta maravillosa. Si, nos casamos, pero esa es otra historia.

P.D.: Ah, finalmente me atreví a subirme a su moto, hasta adquirí mi casco y unos meses después mi propia moto, aún no me atrevo a manejarla, pero ella es mi chofer... Me lleva y me trae, esa es una prueba de amor, pongo mi vida en sus manos, sé que me cuida, aunque alguna vez caímos en el agua puerca jajajajaja.



Catalina di Jacopo di Benincasa, alias Catalina de Siena



Título

## “De Cómo Alcanzar la Plenitud”

Orlinda Ramirez Cruz

Nací en Umbertha. Hija de un campesino y una profesora. A los dieciséis años después de darle de cenar a mi padre y mis cinco hermanos me subía al almendro más robusto de la casa, antes apagaba la luz del patio para nombrar en voz alta mis sueños sin la sensación de ser observada. La familia en general me creía “rara”, aunque ya no se alarmaba por esta práctica nocturna. Cuando discutía con mi madre por alguna nimiedad, ya por la noche subía a la azotea de su casa y pensaba en mí, en esta pasión que por entonces era mucho más intensa, en aquellos tiempos algo en el cielo me decía que yo vivía por un porqué fundamental, aunque no supiera exactamente cuál era. Deseaba con todas mis fuerzas irme de Umbertha. Al marcharme, pensaba, encontraría ese motivo aún desdibujado.

Llegué a la capital con dieciocho años, y me matriculé en la facultad de derecho, desde pequeña traigo en las venas la idea de ayudar a quienes me necesiten. Al cabo de dos meses supe que ese no era un buen lugar para mí, todo mundo bebía a la menor provocación; muy pocas ocasiones teníamos clases reales, los profesores nos hablaban de su vida política y bienes materiales, de sus filias y sus fobias; nos pedían memorizar los códigos según la materia que nos impartieran, no eran profesores en realidad, eran abogados, desconocían cómo transmitirnos la teoría; para colmo, uno de ellos con fama de hostigador sexual y vengativo, no dejaba de invitarme a su rancho “a comer carnes asadas.” No sabía cómo salir de ese embrollo, pues insistí mucho a mi madre para estudiar aquella carrera cuando ella sugirió la normal o la UPN,



pero no, yo quería defender a las personas desde un flanco particular.

Mi madre siempre fue una mujer comprometida con su labor profesional y cariñosa conmigo; sabía que se enojaría mucho al decirle que ya no quería estudiar derecho, también sabía de su comprensión paulatina para con mi decisión, bajo ninguna circunstancia le mencionaría lo del profesor hostigador o me llevaría de regreso a ese pueblito que amo tanto, sin embargo infértil para mis propios planes. Una tarde, mientras recordaba a mi maestra de tercero de primaria, Olivia, empecé a llorar como si estuviera frente a algo que me doliera sobremanera. Me hallaba en una banca de la explanada de la escuela de derecho, ya eran quizá las ocho de la noche, yo lloraba en silencio, sin embargo de cuando en cuando emitía algún gemido tenue, desconsolado. Lloré hasta quedar exhausta y me encaminé a la entrada del campus donde una señora de tal vez cincuenta años me preguntó:

– ¿Por qué llorabas?

Esa noche y a raíz de aquella pregunta de la profesora María Elena inició el recorrido de una vida no siempre plena, casi siempre satisfactoria. Me matriculé en la Facultad de letras hispanoamericanas. Allí aprendí a organizar actividades culturales para mis compañeros y compañeras de generación, me inicié como lectora de una literatura muy cercana a la leída en compañía de mi maestra de tercero de primaria, aprendí a escribir un ensayo, un guion de radio, una tesis, me adentré en el funámbulo arte de la investigación, sobre todo ensayé entonces mi práctica docente.

Luego de un tiempo lo supe, así sin más, una mañana me descubrí llorando a solas, atrás de un salón de clases: un grupo de chicos y chicas me dijeron que no querían clases conmigo porque nada me satisfacía como profesora. Fue tal el impacto que, me replanteé si en verdad quería ser profesora, me recordé frente a mis profesores de la facultad de derecho: decepcionada. Busqué ayuda profesional y comprendí poco a poco que debía "estirar y aflojar" con mis amados y sinceros estudiantes. Me recuerdo releendo y leyendo nuevos textos sobre pedagogía, allí conocí a Montessori, Freire y Bernardo Peña Herrera; busco en mi memoria y me observo más obsesiva que en ningún otro





momento: determinada, apasionada y contenta por haber comprendido por fin para qué había nacido. No, no hay un día que no agradezca a la vida permitirme ser profesora, tampoco me canso de volver a empezar siempre acompañada de nuevos y nuevas estudiantes, con franqueza no sé qué sería de mí sin la docencia, la lectura o la literatura. Y tampoco voy decir que no exista el desencanto dentro del aula, dado que tenemos filias diferentes.



Cuando algún chico (porque son más los hombres quienes se rehúsan a nombrar lo observado en el texto literario), me dice que no comprende el texto o que le disgusta leer en voz alta, busco otra tipo de trabajo con él, ya no me empecino en que todos y todas deben hablar del texto y hacerlo con propiedad gramatical. Siempre podemos recurrir al texto escrito, la historieta o el guion dramático.

Un día de clase cualquiera, uno de mis estudiantes de doce años me dijo en el recreo:

– No sabía que me gustara tanto leer cuentos o poemas y platicar de eso con mis padres mientras comemos, maestra.

Mis estudiantes desconocen el significado que esos acercamientos me producen, no suelo decir mucho, pero entonces reafirmo: Yo nací para ser profesora de lengua y literatura.

Lilium Hyemali

